

Habrá que hablar de la especulación

David Murillo Bonvehí
Investigador del Instituto de Innovación Social

Fuente: Boletín Empresa y DDHH

Tribuna de opinión

El pasado 16 de junio Financial Times publicaba una noticia que dice más de lo que cuenta: dos de cada tres analistas financieros ya no creen en la racionalidad de los mercados de capital. En otras palabras, su trabajo tiene más de psicología social que de sesuda matemática aplicada. Esta noticia, sorprendente y necesaria donde las haya, habrá que leerla en el contexto de dos noticias igualmente cercanas. La primera: bancos de inversión y fondos de capital de todo el planeta llevan meses volviendo al camino de la especulación. Exactamente lo mismo que hicieron en la dramática crisis alimenticia y energética del verano anterior. La segunda: estas prácticas a menudo son llevadas a cabo con recursos de los planes de salvamento al sector financiero. Dinero del contribuyente, sobretodo estadounidense.

Esta vez la etapa especulativa llega en un contexto global muy diferente al de hace un año. La dinámica regulatoria sobre el sector financiero avanza con fuerza y a la luz de los resultados observados, el beneficio de la duda ya no juega a favor de los especuladores. La regulación global progresa sobre hedge funds y fondos soberanos, también sobre mecanismos de innovación y sobre sistemas de contabilidad financiera. Dentro de poco llegará el turno a las agencias de rating y a los mercados de futuros. Los primeros por haberse demostrado incapaces de medir el riesgo y por contribuir a hundir a países y entidades que ven disminuir su rating gracias a una dudosa valoración. Los segundos, por representar la esencia de lo que la especulación puede llegar a provocar en un mercado bursatil bajista como el actual.

Con todo, el golpe más rotundo se lo lleva la idea de los mercados perfectos. Ahora que hablamos de recuperar la economía productiva habrá que recordar que ha posibilitado la aparición de la rueda especulativa y con precisión de cirujano proceder a separar el tejido sano del dañado. El abismo moral que separa el mercado desregulado de la economía creada por y para la sociedad está aquí para interrogarnos y habrá que encontrar una respuesta.